

GONZÁLEZ DEL MIÑO, PALOMA (ED.) (2014): *Tres Años de Revoluciones Árabes*, Madrid, Catarata.

Sociedad civil, islamismo, ejército, redes sociales, grupos yihadistas, conflicto sectario, reforma constitucional, transición, dictadura, cohabitación y un largo etcétera, son algunos de los términos que forman parte de la gramática de una Primavera Árabe que se coló en el lenguaje político y de medios de comunicación de todo el mundo hace, aproximadamente, tres años. La etiqueta es controvertida pero nos sirve para identificar el conjunto de cambios políticos, sociales, militares y económicos que se vienen sucediendo en un buen número de países del Norte de África y Oriente Medio desde finales del año 2010.

A ellos está dedicada la obra que edita Paloma González del Miño, *Tres Años de Revoluciones Árabes*. Su reciente publicación es indicativa de que existe en nuestro entorno académico un nutrido grupo de intelectuales cuyas agendas de investigación están desde hace años centradas en explorar distintos aspectos del llamado “mundo árabe y musulmán”. Con ello, además, contribuyen a satisfacer la necesidad colectiva que como país, sociedad y universidad tenemos de avanzar en el conocimiento de esta área del mundo.

Bernabé López García, reconocido arabista español, celebra en el Prólogo a esta obra que España haya dejado de darle la espalda al mundo árabe y que el interés por su estudio se haya ampliado mucho más allá de Marruecos, país que desde hace décadas había estado en la agenda investigadora (y política) española por razones históricas obvias.

No obstante, la fuerza de los acontecimientos que esculpen la realidad del siglo XXI nos obliga a mirar mucho más allá tanto de marcos interpretativos tradicionales como de nuestro ámbito geográfico cercano. Sobre este telón de fondo, el libro que nos ofrece la profesora González del Miño trata de dar respuesta a una doble lógica. Por un lado, la de explorar la corriente global que hace que agrupemos los cambios acontecidos en un espacio y tiempo concretos (Norte de África y Oriente Medio en los últimos tres años) como parte de la “Primavera Árabe” o “Revoluciones Árabes” —aunque esta terminología sea muy problemática— (capítulos 1, 9 y 10). Por otro lado, la lógica particularista de arrojar luz sobre cada uno de las sociedades o estados involucrados en estas transformaciones para poner de este modo de relieve las especificidades de cada uno de los casos (capítulos 2 a 8). A resultas de todo ello, *Tres Años de Revoluciones Árabes* consigue con éxito trazar una rica panorámica de los cambios acontecidos desde el otro lado del Estrecho de Gibraltar hasta las costas yemeníes del Océano Índico.

Así pues, José Abu-Tarbutsh inaugura la obra con un capítulo que constituye una reflexión global sobre la pregunta que muchos analistas se hacen “¿por qué un acontecimiento tan local [la quema a lo bonzo del joven frutero tunecino en protesta por los abusos policiales que sufría] logra expandirse de tal manera en la geografía política del mundo árabe?” (pág. 37). El enigma es fascinante y las respuestas, cuanto menos, difíciles de alcanzar sin caer en relaciones causa-efecto engañosas y,

especialmente, sin recurrir al esencialismo que tradicionalmente ha caracterizado los análisis sobre el mundo árabe y musulmán. El autor desgana en su capítulo algunas de las variables que, de hecho, aparecen en los estudios de caso que componen en el resto del libro: la crisis de legitimidad de los estados árabes, el carácter rentista de muchas de sus economías, la confluencia de sectores sociales en las luchas (jóvenes, islamistas, sectores seculares, liberales y de izquierdas, otras confesiones...), el carácter urbano de las protestas o la influencia de actores internacionales.

Para profundizar en esta senda, Inmaculada Szmolka explora en el capítulo 2 el caso marroquí a través del prisma del proceso de liberalización política iniciado en 2011 a instancias del rey Mohamed VI. El clima de protesta que atravesaba los vecinos países del Magreb se habría empezado a sentir en Marruecos, siendo este aprovechado por el Movimiento 20 de Febrero para ganar visibilidad. El año 2011 estuvo marcado en Marruecos por la modificación de la ley de partidos y la ley para la elección de la Cámara de Representantes, la aprobación de una nueva Constitución, la celebración de elecciones competitivas y el nombramiento de un jefe de Gobierno que representa al partido con mayor número de escaños en la Cámara de Representantes (pág. 62). A pesar de que, según Szmolka, el país haya acometido las reformas políticas de mayor calado en toda la región, sus avances quedan muy lejos todavía de la senda de la democratización.

Rafael Bustos García de Castro explora en el capítulo 3 la forma en que Argelia ha recibido los cambios que han atravesado su vecindario, pues no se puede decir que la ex colonia francesa haya experimentado algo parecido a un realineamiento de fuerzas y mucho menos cambios políticos de calado. El autor rechaza esa interpretación puesto que las protestas incipientes y desorganizadas de principios de 2011 no llegaron a materializarse en un movimiento de protesta organizado frente al régimen de Buteflika –tanto que califica lo sucedido en Argelia como una “no-primavera”□. La propia naturaleza del régimen, el modelo económico monorrentista del país y la división de la oposición, por un parte; más la instrumentalización por parte del régimen de la situación de inseguridad en otros países para desacreditar las protestas, dan como resultado en Argelia poco más que unas tímidas reformas constitucionales que no cambian de forma sustancial el mapa político del país.

El capítulo 4 que Mónica Reinaldo dedica a Túnez es imprescindible para comprender el inicio del ciclo de cambio político y social en la región, pues se ha anclado ya con fuerza en el relato la idea de que la trágica muerte del joven Mohamed Bouazizi constituyó la chispa que prendió la mecha de las protestas en su país y que contagiaron sucesivamente a toda la región. Un dictador derrocado (Ben Ali), la irrupción con fuerza de partidos islamistas (especialmente Al Nahda), una sociedad civil decidida y enérgica y una Constitución para un estado laico podrían ser los ingredientes que condensan lo acontecido en Túnez en estos últimos años. La lejanía de una verdadera consolidación del proceso democratizador emprendido por el país es un hecho; no obstante, el pronóstico es mucho más esperanzador que en otros escenarios.

Libia, país abordado por Ignacio Gutiérrez de Terán en el capítulo 5, constituye un caso especial por motivos distintos a los esbozados hasta ahora aquí. Manteniendo la variable del dictador derrocado, Libia es el único país en el que la OTAN ha intervenido para poner fin a una guerra civil que enfrentaba a los aliados del régimen de Gadafi frente a los rebeldes. Curiosamente la falta de estructuras estatales que reveló la caída del autor del *Libro Verde* no ha impedido la rápida creación de las mismas, posibilitado en buena medida por la firme voluntad de los libios de mantenerse unidos. No obstante, Libia se enfrenta hoy a enormes desafíos como el afianzamiento de las instituciones políticas, la mejora de las condiciones de vida de los libios, la estabilización de la producción petrolífera, la seguridad y el orden público, así como el control del salafismo yihadista (págs. 123-133).

Por su peso histórico, demográfico e influencia regional, Egipto es una pieza clave del puzle de la Primera Árabe. En el capítulo 6, Paloma González del Miño, traza una buena reconstrucción de la experiencia egipcia, que apunta a que el ejército –actor clave del sistema político de Mubarak– sale reforzado de su contienda política con los Hermanos Musulmanes. De una primera fase de cohabitación entre islamistas y Fuerzas Armadas, pasamos a un escenario en el que los primeros, con Mohamed Mursi a la cabeza, perdieron credibilidad debido a cuatro razones fundamentales: la concentración de poder en el Partido de la Libertad y la Justicia, la expansión de una agenda eminentemente islamista, una situación económica cada vez más delicada y unas libertades públicas para los egipcios cada vez más menguadas (págs. 158-159). En este contexto, el ejército ha tenido la habilidad de canalizar la insatisfacción con el gobierno de Mursi a su favor, consolidando el mensaje de que ellos son los garantes de que Egipto no descarrile por la senda del islamismo.

En el capítulo 7, Laura Ruiz de Elvira, ofrece su lectura sobre lo acontecido en Siria, el país que a día de hoy sigue sumergido en una espiral de violencia y represión que no deja entrever un panorama nada esperanzador para los sirios en el futuro más inmediato. En su análisis, Ruiz de Elvira explora la situación actual en el país desde una perspectiva que parte del año 2000, cuando Bashar al-Asad relevó a su padre en la presidencia del estado. A pesar del malestar de buena parte de la sociedad siria por el autoritarismo de al-Asad, la protesta en Siria no acababa de despegar en los primeros meses del año 2011, mostrándose más tarde imparable. Ruiz de Elvira se acerca a los acontecimientos en Siria desde el ángulo de la sociedad civil, siendo su análisis muy ilustrador de cómo se gestó la protesta en Siria desde la acción colectiva. Los intentos de la oposición de al-Asad por evitar la militarización, la confesionalización, así como la internacionalización del movimiento contestatario han sido, a todas luces, en vano (pág. 182). El país se desangra, pero al-Asad sigue en el poder en buena medida sostenido por Rusia, Irán y el Hezbollah libanés.

En el capítulo que sigue, Moisés Corrales, construye el relato sobre la revuelta incipiente en Yemen, que fue desde muy temprano reconducida hacia la reforma del régimen a iniciativa propia del mismo. Probablemente porque Yemen contemplaba el desarrollo de los acontecimientos en otros puntos de la región y, sin duda, debido

a la mediación decidida del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) y el apoyo brindado a este por Estados Unidos y la Unión Europea, el tren no llegó a descarrillar en Saná. En clara distinción con otros casos, el presidente yemení firmó su propia renuncia a cambio de inmunidad en noviembre de 2011. En el tiempo transcurrido desde entonces hasta hoy Yemen ha asistido a la delineación de un Plan de Transición cuya primera fase (traspaso de poderes y desmantelamiento del régimen de Saleh) se ha cumplido en buena medida. Por delante queda el reto de que la Conferencia del Diálogo Nacional sea capaz de llevar a cabo las reformas necesarias para eliminar el peligro de desestabilización del país.

Los capítulos 9 y 10 tienen como propósito identificar dinámicas regionales derivadas de las transformaciones abordadas anteriormente en el libro. En el primero, Zaky Sami Elakawi se acerca a la rearticulación del mapa geoestratégico del Norte de África y Oriente Medio a través de tres tendencias principales: i) el poder de las masas y el descontento popular, ii) la proliferación de estados débiles (*weak states*) con motivo de la militarización de sus conflictos internos –casos de Siria y Libia□, y iii) el impacto que tiene la rivalidad entre tres centros de poder en la región como son Turquía, Arabia Saudí e Irán. Del recorrido trazado por Sami se deriva la necesidad de completar la cartografía de las revoluciones árabes desde la óptica regional, lo cual implica tener en consideración el entramado de intereses estratégicos y afiliaciones de los estados y actores subestatales que componen el mapa de esta región.

La propuesta de Miguel Hernando de Larramendi e Irene Fernández Molina pasa por fijar su atención en las posibles transformaciones de las agendas de política exterior en Marruecos, Argelia, Túnez, Libia y Egipto. A partir de herramientas propias del Análisis de Política Exterior (FPA en sus siglas en inglés) los autores exploran “los efectos dinámicos del cambio institucional o cambio de régimen sobre el comportamiento exterior de los Estados” (pág. 240). Su análisis les hace llegar a la conclusión de que, lejos de producirse cambios radicales en las agendas de dichos estados en el plano regional e internacional, persiste una pauta generalizada de continuismo, cautela y adaptación pragmática a un contexto que sigue siendo a día de hoy inestable e incierto.

En definitiva, *Tres años de revoluciones árabes* destaca por su capacidad de ofrecer una panorámica detallada sobre el contexto de emergencia y desarrollo de las revoluciones, revueltas o protestas que desde 2011 han agitado el Norte de África y Oriente Medio. No obstante, más allá de la evidencia, la obra editada por González del Miño contribuye de forma importante a dismantlar el mito que durante demasiado tiempo ha prevalecido en los acercamientos a la región: la idea de que el mundo árabe y musulmán conforman un bloque monolítico articulado alrededor del factor común Islam –en última instancia el factor explicativo de todo lo que acontece en el plano político, social y cultural en los países identificados como “musulmanes” –. La Primavera Árabe ha revolucionado no solo un buen número de órdenes sociales y políticos que se pensaban inamovibles hasta hace bien poco, sino el mismo ámbito de las ciencias sociales, donde queda todavía mucho

espacio para repensar conceptos fundamentales como la democracia, la sociedad civil o el autoritarismo. Quizá también con ello derribemos el mito del “excepcionalismo árabe o musulmán”.

Marina Díaz Sanz
Universidad Complutense de Madrid
madsanz@ucm.es